

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO



DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 234

Sevilla.—Jueves 11 de Octubre de 1900

AÑO XXIV.

EL PRIMERO

Siempre lo será el que debe serlo, el que puede serlo, el que quiera serlo, ya por su astucia, ya por su habilidad, ya por su influencia, ya por su dinero, ya por sus energías, ya por la pureza de la doctrina, por la austeridad de sus costumbres, por otras mil condiciones que el hombre que las reúne y sabe hacerlas valer, se impone a las multitudes y hace pesar su influencia de un modo decisivo sobre todos los conciudadanos.

Pero aun con todas estas condiciones, y otras más sobresalientes, se podrá ser el primero en su casa, el más cruel de los criterios, el más temible de los fiscales; pero si no se arranca, si no pone el pecho al filo del adversario, y la acción por intervención directa a la controversia de la crítica, a la contradicción y censura de los actos, ¡ah! entonces el primero no es primero, ni segundo, ni tercero. El primero no es más que demoledor, que en vez de ayudar a edificar, destruye; que, en vez de unir, divide; que en vez de sumar, resta; y en vez de alestar, desanima, ayudando a enervar más de lo que ya lo están desgraciadamente las multitudes.

No hay nada tan hermoso como predicar con el ejemplo.

Cuando se tienen ideas y pensamientos y autoridad y popularidad, y prestigios de consecuencia y envidiables virtudes al servicio de una causa, y el acierto, además, de marcar y señalar de un modo admirable los errores, los defectos, las deficiencias, y en ocasiones hasta ciertas incompatibilidades, no basta, no, la censura, que suele redundar en pro del adversario nada consigue la crítica acerba; es preciso oponer pensamientos de acierto enfrente del fracaso, y riesgos en la acción para que pueda ser fructífera la obra y labor aprovechable.

Muchos errores ha cometido el partido republicano, más que por las deficiencias, errores y equivocaciones de sus jefes y directores, por la falta de energías de los que componemos la masa, por la sobra de adulación de los que dedicados solo a su medro, han considerado insustituible a su patrono; por los tímidos, por los indecisos, por los que viven de voluntad prestada o de consejo ajeno; por los que frente a frente se deshacen en elogios, y a la espalda y en reserva prodigan la censura y señalan los vicios y defectos que son, y aun los que no son; por los que no sienten la idea, ni remiñan el más leve de los compromisos; ni el más ligero de los riesgos.

Es gratuito afirmar que perdura la jefatura en el partido republicano, cuando entre los directores de hoy hay dos modestísimos correligionarios, entre los cuales figura un joven que acaso no pensó llegar donde ha llegado.

De la tradición ya no queda más que una petaca, cuya existencia es muy disputada.

La doctrina, los procedimientos, la conducta como jefatura personal, han desaparecido para no volver; sólo el verbo del federalismo histórico subsiste, y subsiste porque el honorable anciano que lo dice está ahí todavía encariñado con la doctrina, apegada a su credo, que es solo suyo, y que con él desaparecerá.

Lo hemos dicho anteriormente. Disentimos en el programa, que nos parece anticuado, porque la revolución mansa ha arrollado el republicanismo histórico.

Estamos unidos en el primero y en el más importante de los intereses del presente, no queremos decir de procedimientos porque ya todos aspiramos a la revolución violenta, a la acción por la fuerza, que es instaurar la República; y cuando la acción llegue, ocuparemos nuestro puesto en filas; como si el error o la culpa por acción o por omisión de los directores se manifiesta, no seremos tampoco los últimos en condenar la conducta de los torpes o equivocados, que no malévolos, porque éstos no pueden ser los directores del partido republicano.

Pero ya que el tiempo para la acción y los momentos de las supremas y decisivas resoluciones es corto, ya que con los finales del mes actual ha de decidirse la acción o la confesión de impotencia de los directores, bien podemos

esperar, sumando unidades aritméticas, mejor que restar cantidades algebraicas.

Confianza y paciencia, y sobre todo, una gran dosis de voluntad y de energía, si llega el momento del fracaso y la necesidad de sustituir a los fracasados; y el que entonces se sienta con condiciones, que reclame el primer puesto para la acción, y el primer lugar en la responsabilidad, que si acierta, para él será el más glorioso timbre de haber salvado a la patria y de haber instaurado las instituciones republicanas. Cuando llegue este día, se apunta y se hace fuego.

A. A.

Murmuraciones

La turbamulta de Madrid, en su deseo de verle la cara a *Dominguín*, el torero muerto el pasado domingo en la plaza de toros de Barcelona, atropelló a las personas que iban ejerciendo el acto piadoso de llevar en sus hombros el cadáver para darle tierra, y muerto y vivos cayeron todos rodando en montón informe, rompiéndose la caja mortuoria y magullándose algunos cuerpos.

Este motivo dió ocasión para que la fuerza pública cargara sobre la muchedumbre, y que ésta, en la huida, saltando de tumba en tumba, todo lo arrasara con la mayor impiedad.

El hecho es de lo más edificante que se conoce.

¡Bien por Madrid, la Corte de España! Sigue teniendo coraje como en el célebre 2 de Mayo de 1808.

Sólo que entonces atropellaba franceses, y hoy se atropella a sí propia, después de atropellar a un torero muerto.

Y no se le vale protestar, porque ni el hecho es nuevo, ni es el primero, ni será el último.

Los pueblos responden siempre a las enseñanzas que se les dan.

Esas brutales agresiones no pueden vituperarse con crueldad, porque obedecen a un impulso, si no cariñoso, por lo menos, sentiment.

El pueblo no va—¡qué ha de ir!—a atropellar el cadáver del que fue su ídolo en el día de fiesta; sino que, obedeciendo a un instinto de curiosidad, innata en todas las muchedumbres, pretende rendir una muestra piadosa al que tuvo la desgracia de caer envuelto en su propia sangre, estimulado por los ardores y arrebatos de esa misma multitud que en el círculo le achuchaba, le vitupera o le aplaude.

Vivo... lo hubiera apedreado si le da un golletazo a la fiera noble en la lucha brutal. Muerto... le respeta y le llora, y aun pretende darle tierra regada con su llanto...

Nó; no vituperemos a la multitud por ese hecho inhumano, porque éste no ha sido otra cosa que una consecuencia inevitable en actos que no tienen razón de ser.

¡Murió el diestro desgraciado?... Llóresele y dese le tierra en silencio, como corresponde a la piedad cristiana.

Pero no se haga del entierro de una víctima infeliz una gran corrida, anunciada a todos los vientos por la prensa, por el telégrafo, estimulando la curiosidad pública con el espectáculo teatral, que pocas veces se repite, de llevar un cuerpo destruido por una fieta en procesión cívica, como si hubiera sido el salvador de la humanidad.

Porque eso ha sucedido ahora, y eso sucederá siempre en casos parecidos.

Por eso entendemos—y noble y francamente lo confesamos—que la prensa que ha venido, y viene, llenando sus columnas con todos los pormenores que se relacionan con ese desgraciado *Dominguín*, de quien nos han contado hasta el sitio en que comió el primer garbanzo, atendiéndolo a las multitudes ignoras con ese chorreo de vulgaridades estúpidas; elevando a personajes dignos de ser entrevistados, a un *Cirilo*, a un *Percalino* o a cualquier *Patatero*... que la prensa—¡bamos diciendo—que desatiende en su diaria labor lo hondo, lo que daña, lo que importa, y se ocupa en lo superficial, lo vano, en lo que no da honra ni provecho, esa prensa no es quien para deplorar con indignaciones de gaceta, con arreglo a la fórmula estudiada para casos iguales, el que una multitud haya saltado por encima de las tumbas del cementerio de San Lorenzo de Madrid, huyendo de que la atropellen los medrosos, o la hieran los sables y los culatazos de la fuerza pública.

La primera en deplorar lo acaecido será ella misma, que ha sido llevada allí por el incesante trompeteo de cien periódicos que, por satisfacer la curiosidad pública, llevaron a esa misma curiosidad a estrellarse inconscientemente, hoy sobre las tumbas de un cementerio, y

mañana, ¡ojalá!, sobre el muladar social en que estas cosas y estos hechos se realizan y se toleran.

Y se toleran esas y otras muchas cosas, en las que la prensa lleva siempre la mayor parte, y la más mala, y la más villana, porque la prensa moderna está convertida en ramera, encartillada en la Sección de la Curiosidad Pública, entregándose al primer viejo verde, o al primer bribón, o al primer concusionario que entra a solicitar sus caricias de ditirambos encomiásticos, sus filosofías de plazuela, sus epítetos y calificativos más salientes.

Y hemos dicho que la prensa moderna es una ramera, porque, imitando a la ramera, tiene la hipocresía por norma, la alabanza por anzuelo y la especulación como fin.

Se dicen las faltas de los demás, pero se callan las propias.

Banderín abierto para el enganche de todos los desocupados, de todos los vagos, de toda la gente inútil, ni siquiera se le exige la vocación al que llega, ni la ilustración al que pretende, ni la conducta al que informa.

Cualquier chupacharcos se erige en Director de periódico, y desde la mesa de redacción otorga notoriedades, regala reputaciones, se hace sacerdote, magistrado, juez... y habla de Dios, en quien no cree; de la Virtud, a la que no le rinde acatamiento; de la Justicia, a la que adula para que prevarique; de la caballerosidad, que desconoce; de la santidad, de la que se burla; de la Religión, a la que escarnece; de la seriedad, porque ella da a todos los años gran respeto; de la peste de la cloaca, en la que vive y se alimenta...

¡Gusanera indigna, que, si saliera al rostro, las Diputaciones se verían obligadas a levantar un Hospital para albergue de periodistas!

Decía D. Juan Valera—y con razón—que no se le puede exigir al periodista, hijo de la sociedad en que vive, virtudes de que carece esa misma sociedad.

¡Ah! Pero es que era sociedad vana y ridícula se forma su centro de acción, y en él se desenvuelve, y se daña a sí propia: allí todos los necios, allí todos los cursis, allí toda esa gente hueca que va por el mundo sin causar otra molestia que sus interminables charlatanías, sus ridículas genuflexiones y sus tropezos de topo. Es la variedad dentro de la unidad: gente acorchada, flota y flota en el mundano oleaje entre la mayor indiferencia. Ella carece de la fuerza expansiva, y no puede causar daño. Tiene la cualidad de no mentir energías de que carece, ni bellezas que desconoce: es planta sin olor.

Pero si la prensa no es eso, la prensa se arroja todas las virtudes, todas las bellezas, toda la sinceridad, toda la justicia.

El joven libertino que, ebrio de alegría y loco por el alcohol, injuria, atropella e infama, se reconcilia o no con su conciencia, pero a nadie engaña, porque no pretende hacer santuario de lo que en él es su característica, su natural idiosincrasia.

Pero la prensa no es eso, o no debe de ser.

Por eso es indigno, bochornoso, bajuno, que el lacayillo salido de la pocilga apuestosa, sin oficio ni beneficio, inútil para toda obra redentora; que para vivir recibe la limosna del bribón que necesita un zorro que le quite las telarañas de su conciencia, y la protección del político que, por no tener otra cosa que llevar al mercado, lleva su figura de macho, y se vende como pantalla semental... etc., etc., porque estos ejemplos serían interminables—por eso indigna—¡ba diciendo—que la prensa, que todo lo dice, que todo lo censura, que todo lo comenta, se calle como una gran pecadora cuando ve ejerciendo de sacerdote de la prensa a cualquier chisgaravis que no ha podido ser sacerdote del trabajo ni acarreado cubos de mezcla; que se indigna, desde el altar en que oficia de sacerdote-periodista, de que se defienda la justicia cuando él no cobra nada; que clama por la clase trabajadora, cuando los pobrecitos obreros carecen de pan y ganan poco, teniendo él a los suyos trabajando con nervios de caballo, no de sol a sol, sino de sol a media noche, para ganar lo poco que han de cobrar cuando el sacerdote periodista tenga a bien y le haya sobrado de sus banales sacerdotes... Que hable de la moralidad, que hable de la sensatez, que hable de los sonidos inarmónicos y de toda esa música ratonera con que se engañan los necios... ¡qué importa?

¡Periodistas! ¡Periodistas!

¡Pobres esclavos que, cuando son periodistas de verdad, tienen la escasez por presente, el hospital por esperanza, y un sueldo lacrimoso y sentido por premio a la hora de su muerte!

No es periodista quien lo dice que lo es para cubrirse con la consideración que la sociedad les otorga por miedo o por vanidad.

Sino quien lo siente, lo ejecuta, y... lo llora, ¡desgraciadamente!

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Las autoridades, la Empresa de Tranvías y "La Monarquía"

Propuestos a demostrar la insensatez de *La Monarquía*, considerada como órgano del partido conservador, proseguimos hoy la tarea empezada ayer con éxito tan lisonjero, que nos ha valido la felicitación de numerosos conspicuos conservadores.

El órgano de los señores Ybarra, Lastra, Checa, Juliá y demás conservadores, después de calificarnos de *órgano semioficial* de la Empresa de Tranvías, dice:

«Nuestro colega EL BALUARTE, en su número del día 6, se hace cargo de protestas y manifestaciones de los empleados de tranvías, con motivo de supuestas faltas que se les atribuyen.

No es, por cierto, EL BALUARTE, y dicho sea sin propósito de molestarlo, quien pueda ocuparse de este asunto, apareciendo imparcial en contra de las autoridades, por ser el mismo que ha entablado campaña contra ellas por distintas causas, y entre otras por la revisión del contrato de los Jardines de Esclava.»

Es decir, que, según opinión del órgano en la prensa de los señores Ybarra, Lastra, Juliá y demás amigos conservadores, EL BALUARTE sólo aplaude cuando se lo pagan, y censura cuando no saca beneficios.

De otro modo dicho: EL BALUARTE es un periódico chantagista, y sus redactores indignos mercaderes de honras.

¿Es eso lo que ha querido decir *La Monarquía*, alardeando de incorruptible moralidad y discreción supina? Si, eso ha querido decir, porque ya en 15 de Agosto pasado, en otro artículo titulado también *Hablemos claro*, y que entonces condenamos al desprecio, decía el órgano de los señores Ybarra, Lastra, Juliá y demás amigos:

«La Corporación municipal de hoy no se ha asustado de los disparos que ese baluarte de la especulación dirige siempre contra los que le suprimen el comedero; ejecute sus actos con la rectitud y la claridad que le exigen la más perfecta corrección, y... ¡naturalmente! esto no lo consiente EL BALUARTE.»

«Si el Alcalde de hoy, en vez de ser el caballero D. Fernando de Checa, se llamase... otro nombre cualquiera de esos que abren la mano porque temen a las censuras de la prensa, entonces ¡ah! entonces sería el mejor de los Alcaldes, y no habría concejal malo, y todo sería alabanzas y bombos para la Corporación municipal.»

Y, sin embargo, a pesar de las técnicas afirmaciones de *La Monarquía*, que literalmente dejamos preinsertas, EL BALUARTE y sus redactores se ven estimados y honrados con la noble amistad de los exalcaldes dados a Sevilla por el partido conservador, señores D. José María de Hoyos, D. Francisco González Alvarez, don Joaquín Campos, D. Anselmo R. de Rivas y don José María Moreno Florido. Ergo, si a esos perfectísimos caballeros y honrados patricios, EL BALUARTE, no obstante la enemiga política que los separaba, los aplaudía por su honrada y beneficiosa administración, era, según la lógica de *La Monarquía*, porque abrían las manos temerosos a la censura de la prensa.

¿Puede darse más insensatez en el razonar del órgano de los conservadores?

Pues aún hay más. Un día, por uno de esos accidentes extraños y pavorosos con que el destino azota a los pueblos, España entera se consternó... La hermosa ciudad de Santander, la histórica capital de la Montaña que arrullan las olas bravías del mar Cantábrico, fué víctima de una horrenda imprevisión de las autoridades españolas. Familias enteras habían desaparecido en la horrible hecatombe; centenares de casas derruidas pregonaban una de las ruínas más espantosas que se han conocido en los presentes tiempos; brazos rotos, piernas destrozadas, hendiendo los aires, fueron a sepultarse a largos trechos fuera de la ciudad, sembrando el terror y provocando las más justas y las más ardientes indignaciones... El *Cabo Machichaco*, hermoso vapor de la flota de los señores Ybarra, había explotado en el puerto de dicha ciudad por llevar fuego a bordo y estar el barco cargado de dinamita.

En tan terribles momentos una acusación general se levantó contra dichos señores, quienes, bajo el peso de tan terrible desgracia, se encerraron cabe los muros de su hogar, desparvidos ante las presentes amarguras, que los entregaban a la voracidad pública, echándoles encima una responsabilidad de la que no eran autores, y que fueron los primeros en sentir.

La prensa española levantó su voz potente, y con la ligereza que se juzga siempre ante la inmensidad de un hecho espantoso, hizo res-

ponsable a dichos señores, dueños del vapor explotado, de aquella gran desgracia, dejándose decir, para inculparlos más, que dicho buque llevaba la dinamita de contrabando, cuando dicho explosivo era completamente libre....

EL BALUARTE, sin tener tratos ni contratos con los señores Ybarra, espontánea y noblemente, por impulso de justicia, por uno de esos impulsos que tienen las personas independientes, y los periódicos que no viven por medio de las acciones de una empresa, ni con las subvenciones de caciques andariegos—levantó su voz en defensa de la verdad, exculpando a dichos señores, que no podían ser responsables, ni ante Dios ni ante los hombres, de una catástrofe que solamente engendrará imprevisión española.

Nosotros, republicanos y gente interesada, según *La Monarquía* da a entender—porque el criado no concibe que se sirva de favor—nos poníamos en lo justo, en lo humano.... sin cobrar. (Hablen los patronos de *La Monarquía*.)

Por entonces, *El Porvenir*—que era conservador de Sánchez Bedoya, enemigo personal implacable de la casa Ybarra—reproducía con gozo todas las injurias que a dichos señores se le dirigieron.

Porque los señores Ybarra parece que están condenados, por su debilidad de carácter o por su indolencia, a que su misma familia política sea la que siempre los acose, lo mismo en lo justo que en lo injusto, provocándoles generales malquerencias.

EL BALUARTE, siguiendo los derroteros que se marca para lo que él—republicano é irreligioso impenitente—cree justo, inició una campaña en provecho de las obras de la ría del Guadalquivir y puerto de Sevilla, que por entonces estaba en manos inexpertas; y tales razonamientos adujimos—por tener en nuestra redacción persona que conocía prácticamente en esos asuntos—que el comercio en general, de suyo indolente, se interesó; y hasta el Sr. D. Ramón de Ybarra, inteligencia cultivadísima, salió a la palestra con un libro en el que se estudiaban las obras de la Ría y se confirmaban en un todo todas cuantas acusaciones hicimos... (Señora *La Monarquía*: esto también lo hicimos *sin interés*, en tanto no nos demuestre usted, señora desgraciada, en dónde nos dieron los billetes del Banco que la traen sin sueño).

Y allá va otra de nuestras genialidades *interesadas*.... Y siempre los conservadores por enemigo, la gente de *La Monarquía*, para que ella pueda cerciorarse de la verdad, o para que dichos señores, si son justos y hombres de bien, le digan a su periódico *La Monarquía* que miente como una tía zarpapastrosa que se defiende en medio de la calle, para que la policía no la aprehenda, armando escándalo y llamándose mujer honrada.

Para ocupar el sillón de la Alcaldía sevillana fué nombrado el Sr. D. José Moreno Florido, quien por sí solo tiene voluntad, talento, posición, honrada probidad y cualidades enalteciibles, para no necesitar ayuda de nadie.

Su nombramiento acarrió el consiguiente escarceo en esta lucha de comadres políticas de la localidad.

Los mismos conservadores, los Checas de hoy, que se veían anulados, porque nulidades son, se revolviéron contra la respetable figura de D. José, que no tenía otro defecto que el ser apoderado general de la casa de Ybarra, pero que tiene fortuna propia, honor propio, inteligencia reconocida y grandes dotes en la ciencia económica....

EL BALUARTE—republicano é irreligioso impenitente, pero honrado hasta el punto de rebasar por encima del mostrador en el que *La Monarquía* vende sus específicos a los Lastra, Checa, Juliá y compañía—persuadido de la injusticia que se cometía combatiendo aquella figura que podía hacer mucho y bien por Sevilla, porque no necesitaba, ni necesita, del merodeo político, defendió la honrada gestión de D. José Moreno Florido, conservador. (Puede preguntarle *La Monarquía* a dicho señor si nos ha dado otra cosa que su mano de hombre honrado y de amigo cariñoso.)

Me parece que le vamos ofreciendo a *La Monarquía* lo bastante para que se pueda persuadir de lo canallesco de sus afirmaciones, a las cuales le contestaremos debidamente mañana, con otras cosas que en derecho y lugar son del caso para el debido esclarecimiento de estas campañas ruines que emprenden los sacerdotes de la prensa por satisfacer necias vanidades, y de las cuales no huimos, porque nosotros somos de los que creemos que todo lo que es público, públicamente se debe dilucidar, sin alborotamientos malsanos, ni culpables ligerezas.

MODESTO CANTAFLARO.

AMÉRICA

Hemos adelantado muy poco desde los famosos tiempos de *Figaro*. Cuando un fraile tosco se indignaba contra los viajeros que venían de Francia a España porque... hablaban francés, lengua de herejes. Casi casi me atrevo a decir que hoy está vigente el celeberrimo verso:

Admiraba un portugués
el ver que en su tierna infancia
todos los niños en Francia
sabían hablar francés.

Hace pocos años la mayoría de los españoles rústicos habían trazado en su mente un mapa geográfico por demás cómico. El italiano había

de estar siempre tocando el organillo y bailando la tarantela.

Si era piemontés, necesitaba llevar una mona que hiciera guñón. Los húngaros era sabido que se paseaban por Europa enseñando osos amaestrados. El francés no podía representarse si no iba abrazado a dos mujeres que bailaban el desesperado can-can. Y en cuanto al inglés, si no se cubría con un casco de viaje, lucía patillas rubias, cartera de viaje y traje a cuadros y decía *yes, yes* a cada momento, ya no era un britano de verdad.

Fuera de estos tipos, había otros dos: el hombre del Norte, cubierto de pieles y oliendo a grasa; el *moro*, ya fuera de la Arabia o de Mogador, negro como el hollín, terrible, vengativo y cubierto de gúntas cual una Dolorosa mahometana.

Habíamos convenido, pues, en un mundo caprichoso, semejante al que se forjan los ciegos cuando canturrean que las «Marías son muy frías» y las «Teresas traviesas».

En cuanto a España, era sabido: el aragonés debía ser siempre terco, el andaluz gracioso, el gallego tacaño y el valenciano vengativo.

Y cuando se hablaba de adelantos, de civilización, el hidalgo de gotera español decía desdenosamente:

—¡Psch! Pero esos ingleses son tan fríos....

Y los franceses tan desvengonzados, y los italianos tan informales. Ve usted qué gente, ¡siempre tocando el organillo!... Ya quisieran tener nuestra formalidad. Aquí nos faltarán adelantos, pero religiosidad y garbanzos de Fuentesauco y mantecadas de Astorga....

Y era inútil discutir. Eramos los más valientes, los más honrados, los más hidalgos del mundo. Nuestros cuadros, los mejores; nuestros libros, ¡oh, el *Quijote*!

Atrasadillos, sí, pero vamos....

Nuestras mujeres, en cambio, no cometían la cochinería de lavarse; ¡oh! ni enseñaban las piernas como esas franchutas....

Fuimos sufriendo tumbos y más tumbos. Derrotaron a nuestros pintores por anticuados en varias Exposiciones de París. Mientras nosotros no habíamos escrito la historia de nuestra literatura, ilustres extranjeros la conocían mejor que los españoles. Después perdimos la leyenda del valor, nos corrieron como a monas en Filipinas y en Cuba.... y se desvanecieron entonces algunas de nuestras ilusiones de antaño. Era cierto. La gente extranjera valía más que nosotros: necesitábamos regenerarnos, ya fuera con pantanos de Gassel, ya con la educación integral de Candela. Y en vez de tales pantanos, abrimos charcos, donde tuvimos la comodidad de meternos hasta las rodillas. Conservamos la mala educación en su grosería más integral, y levantamos conventos, templos, sacristías y conejeras místicas.

Pero era sabido: Ya lo dijeron varios *sin-sontes* y señores de comisión en el Congreso Hispano Americano. «Nuestro porvenir estaba en América;» Debíamos «estrechar» los tan desacreditados «lazos» con «nuestros hermanos del Nuevo Mundo;» y esto se dijo y se repitió por todos los charlatanes y loritos hispanos al final de banquetes espléndidos. Este «tirar y aflojar» a nuestros hermanos de América no ha tenido en España otra intención que la de consumir botellas de Champagne Codorniu.

Nosotros estábamos atrasados, sí, ¡pero América! Con que solo estornudáramos, todos los americanos habían de venir a prosternarse a nuestros pies como el poble Atahualpa ante sus ídolos de oro.

Y los españoles se recreaban contemplando una América para andar por casa. Países despoblados, montones de indios con plumeros y papagayos en la cabeza, gentes sosas que hablaban un castellano dulzarrón, pocho como el arroz sin sal; presidentes que se fusilaban todas las mañanas; oradores cursis, poetas de abanico, gauchos y acompañamiento. Y a todo esto los americanos buscando ocasión de lamernos los pies, de bendecir a Pizarro, Hernán Cortés, Pedrarias, Balboa y otros conquistadores de sus abuelos, que los quemaban vivos. Nunca faltaban los dos chistes de reglamento cuando de América se discutía. Una vez, hallándose cierta famosa actriz en América, la presentaron al Presidente de la República. Esta presentación fué en el primer entreacto. En el segundo le presentaron de nuevo al presidente. Era otro. Se admiró la actriz. Y entonces le contestaron:

—Es que hemos cambiado de presidente de un acto a otro.

El segundo chiste se refería a Cánovas cuando riñó con Silvela. Aquel día comía en la mesa de D. Antonio la viuda del famoso general Barríos, expresidente de Honduras, a quien mataron sus enemigos. Al saber la generala que Cánovas había reñido con Silvela, díjole muy

tranquila y dulcemente, con acento angelical y sin interrumpir la comida:

—«Pero por qué no le ha pegado dos ritos?»

Cuando se referían tales chistes olvidábamos los verdaderos adelantos de América. Era cierto, sí, que algunos presidentes americanos continuaban nuestras gloriosas tradiciones viviendo en continua guerra civil; no podía negarse que muchos literatos y oradores de América apenas habían salido del pañal de Castelar y del romanticismo de cotorra. Muchas veces sabíamos de América, por periódicos subvencionados de tamaño enorme y títulos estrambóticos, como *Los dos Mundos*, *Brisas*, *El sol hispano*, etcétera, en que los generales americanos se retrataban como la virgen de los Desamparados, radiantes de cruces, cintas, oro y colgajos. Podía justificarse, en fin, la famosa frase del sarcástico Pastor Díaz:

«En América se dan todas las frutas. Pero el hombre no se da bien en América.»

Pero nos olvidábamos de que las Repúblicas americanas eran pueblos en formación, febriles de adelanto, ardientes de progreso y lucha, y que tomaban la civilización con entusiasmo donde se les ofrecía, y pasaban valientemente de un salto desde la abigarrada manta del gaucho al frac cortado en Londres. Y era peor para nosotros el contraste; porque, donde dominábamos con nuestras supersticiones, se marcaba el atraso, mientras las Repúblicas britanizadas, alemanas o francesas, surgían con esplendor de entre los desiertos indios.

En pocos años levantáronse en América ciudades espléndidas, surgió una literatura a veces extravagantes pero sedienta de revolución y lucha; el comercio y la industria se desarrollaron como por arte mágico. Era la historia del Japón en pequeño. Y nosotros, ¡pobres bobos!, creyendo siempre que los americanos eran tribus compuestas de loritos y de indios.

El golpe de gracia nos lo ha dado recientemente Méjico. Su pabellón en la Exposición de París ha sido admiración del mundo.

El nuestro es un café cantante donde berrean las meretrices. En cuanto a premios, hemos conseguido los mismos que las más pobres y desorganizadas de las Repúblicas americanas.

El caso de Méjico ha sido asombroso. Hay allí un hombre que acaba de ser reelegido presidente por sexta vez uno de estos días: D. Porfirio Díaz. Nombre raro, apellido vulgar, pero gran ciudadano, genio prodigioso, hombre de corazón y de lo... que hay que tener. Es el símbolo de la nueva América, llena de energías y dispuesta a fundar una civilización propia. Méjico ha sido durante muchos años un campo de batalla: Raza vigorosa aquella, supo mantener su independencia a costa de su sangre.

Pi y Margall, en un diálogo admirable que pone en boca del Emperador Guatimocín y de Hernán Cortés, pareció sentir tan maravillosos progresos. Hernán Cortés fué un gran Weyler de los antiguos tiempos. Con sangre y fuego quería dominar aquel país, sin comprender que bajo las plumas del indio latía el corazón de una raza fuerte y digna. Cuando Guatimocín le hablaba de respetos a su familia y a su tierra señalándole inconscientemente el futuro problema del autonomismo cubano, el orgulloso Hernán se reía.... Hoy día, la estatua de Guatimocín, admirablemente modelada por un escultor mejicano, según he podido ver en fotografías, se alza en la capital mejicana como en Madrid las de Daoiz y Velarde.

Aquel fiero espíritu de independencia de los mejicanos se ha mantenido, durante el siglo. Allí no se anduvieron en chiquitas. Quisieron imponerles un pobre Emperador Austriaco, Maximiliano, y lo fusilaron.

¡Triste, tristísima página la del Cerro de las Campanas! ¡Melancólicas y desdichadas figuras las del Emperador y su pobre Carlota! Era, sin embargo, un gran golpe de patriotismo, y Juárez el indio supo tener entonces energías dignas de un Robespierre ó de un Danton. Hicieron una pequeña revolución francesa, sacrificando al Luis XVI austriaco. Desde entonces, con mano firme, se implantó una República moderna.

D. Porfirio Díaz ha logrado desarrollar en Méjico el comercio y la industria, la instrucción pública, la literatura y el arte, y sobre todo, ¡la paz! Es hombre implacable cuando se trata de perseguir al clero. Allí quisieron echar raíces nuestros famosos curas trabucaires, conspirando y batiéndose. D. Porfirio los ha extirpado.

Aquel país, legítimamente español hace cincuenta años, puesto que se robaban diligencias y se asesinaba por las calles, es hoy un país modelo. El poeta Zorrilla, que estuvo allí en su juventud, dice que habiéndose perdido cierta vez en un bosque, halló a unos indios que jeta-

ban representando el *D. Juan Tenorio*! Fantasía de poeta, pero fantasía cierta en el fondo. Aquellos indios eran capaces de representar el drama español donde se cometen más asesinatos y barbaridades.

Hoy día hay en Méjico energías sociales y políticas. Hace tiempo leí que, discutiéndose en la Cámara de diputados no sé qué cuestión, un representante hablaba de la libertad en estos términos:

—¡Oh, libertad! ¡Oh, dignidad! Tú mereces respeto.

A lo cual otro orador interrumpió: —Me extraña mucho que S. S. tutee a la dignidad cuando no la conoce ni de vista.

Nosotros ni fuerzas tenemos para expresarnos con tal energía.... Podemos desdeñar a América, pero no sabemos ni siquiera imitarla. Tenemos en el trono un pobre Maximiliano con faldas, desprovisto de la aureola del martirio; nuestros gobernantes, cursis y ridículos, son unos pobres diablos al lado de D. Porfirio; nos infestan los frailes, se rien de nosotros en la Exposición de París.... Por algo, por algo, cuando Silvela subió al poder, un periódico francés publicó el retrato de un presidente medio negro de Haití, cubierto con plumeros y dorados, y puso debajo: «D. Francisco Silvela.» ¡Qué ofensa para el negro!

RODRIGO SORIANO.

De actualidad

DE LA PENÍNSULA

La Junta sindical de Agentes de Bolsa ha presentado exposición a Allende pidiendo la reforma de la ley del Timbre respecto de las operaciones bursátiles.

Dicen de Lugo que en la feria de Chantada, con motivo de rivalidades entre las dos parroquias hubo dos horas de sangriento motín a tiros y cuchilladas y palos y pedradas, sin respetar sexos ni edades.

Escenas repugnantes y muchos heridos. Varios individuos han sido detenidos por la benemérita que restableció el orden.

Han terminado las negociaciones entre Allende y los comisionados navarros, y se presentará a las Cortes un proyecto de ley sobre forma de pago del impuesto de azúcares en aquella provincia.

Silvela ha pedido antecedentes Guerra y Estado respecto de la petición de pasaje gratuito para 600 familias españolas residentes en Filipinas, con objeto de resolverlo en el próximo Consejo.

Acentúase el disgusto entre Silvela y Villaverde.

Aquel busca aplazamientos para discutir los presupuestos, por temor a diferencias entre los ministros.

Villaverde exige la pronta reunión de las Cortes y la inmediata presentación de presupuestos sin aumento, para cumplir el precepto constitucional y los compromisos contraídos.

En Las Palmas el periódico *El Telégrafo* publicó poesías alusivas al ejército.

Algunos oficiales penetraron en la redacción.

Intervinieron las autoridades.

A consecuencia de las colisiones militares en Palma resultó herido en el vientre un oficial.

El Gobernador de Pontevedra telegrafía que en Vigo y Cangas hay tranquilidad.

Los pescadores han reanudado sus tareas y acudieron al mercado de Vigo.

Sin adoptar precauciones, regresa a Pontevedra.

Dicen de Lérida que con motivo del descubrimiento del depósito clandestino de armas han sido detenidos un armero y un capitán de administración del ejército carlista.

Están en huelga los mineros de Puertollano —Alix última el proyecto de autonomía de Universidades.

Afirmase que la reforma de la guerra de Infantería se reducirá al cambio de color: grana de gala y azul diario.

DEL EXTRANJERO

En Puerto Rico, con motivo de la proximidad de las elecciones, acentúase la animosidad de federales y republicanos.

En Guayana, a consecuencia de disputa en un café, un federal disparó su revólver contra un republicano.

Generalizase la lucha en las calles, resultando cuatro muertos y 20 heridos.

Los ánimos siguen excitados.

Se ha disuelto el Parlamento del Canadá, siendo las elecciones el 7 de Diciembre.